

la Judea á Jehová, ya en Egipto á Osiris, puesto que Jesucristo aún no era el venido ni bautizado por San Juan con agua del Jordán; pero conviene que aprovechemos la enseñanza que este capítulo contiene acerca del infierno, el cual se describe puntualmente en el siguiente versículo, con el nombre bárbaro de Topheth.

«Porque aparejado está Topheth desde ayer, »aparejado por el rey, profundo y espacioso. Sus »cebos, fuego y mucha leña: el aliento del Señor »como torrente de azufre es el que lo enciende.»

Noticia consoladora si las hay; pues de ella sacamos que Dios es un rey, lo que absuelve de pecado de impiedad á los republicanos, que por motivos honrosísimos de opinión no debemos jamás andar en tratos y componendas con él, escarmentados como estamos con lo que sucedió al pasarse á Napoleón á Emilio Olivier, que no es el único de los Emilios que han salido de la casta de Judas. Noticia alegre, si se encuentra; pues de ella deducimos que, siendo el Infierno espacioso, cabrán en él hogaldamente los innumerables frailes, curas, sacristanes y monaguillos que allá fueron en la amable compañía de monjas, beatas y alcahuetas, y que estando hondo no es de temer que vuelvan por acá á molestartos con sus hipocresías. Noticia, además instructiva, tanto por lo menos como una disertación de Campoamor sobre *lo absoluto*, pues en ella aprendemos que el Infierno se *ceba* con leña, probablemente del valle de las Butacas, donde crecen tantos alcornoques, y que Jehová le enciende, á modo de hornero, no con fósforos de Cascante, sino á resoplidos de su nariz, por donde arroja torrentes de incandescente azufre.

¡Lástima que este azufre no podamos nosotros recogerle en peroles, y, convenientemente preparado, ponerle á la venta en las droguerías! ¡Sería un negocio fabuloso!

El último jugo que podemos sacar de este no-

tición sobre el Infierno, es la explicación satisfactoria del hecho, por tantos teólogos, sin excluir á Ortí Lara, comprobado, del fuertísimo olor á azufre que deja el Diablo siempre que tiene la humorada de venir al mundo, bien para tentar un aprendiz de santo, bien para celebrar algún contrato leonino con algún sabio aburrido como el célebre doctor Fausto, que immortalizaron Gothe, Gounod y Boito, el uno con la pluma y los otros dos con el violín.

Como Jehová ceba el Infierno soplando azufre encendido sobre la leña, ésta, al arder, derrama por todo el espacioso y profundo Topheth una humareda sofocante impregnada del susodicho azufre, que contamina del consabido olor todo lo que toca, sin exceptuar el rabo, cubierto de pelos grises un poco chamuscados. de Su Majestad Satanás el Soberbio, que por más esfuerzos que hace para enroscarle, recogerle y disimularle, como no se le puede cortar, por estar condenado á rabo eterno, siempre huele, y no á almizcle ni á rosas, aunque de sus esencias se provea en las perfumerías más acreditadas, sino al maldecido azufre de los resoplidos, que hacen de fuelle en este negocio del Infierno.

## CXL

Cuentan que cierto magnate de gran pesquis, hablando con cierto príncipe de poco talento sobre las cosas de esta malaventurada tierra nuestra, díjole: Esta es Castilla, señor, que hace los hombres, y los deshace; dándole á entender que aquí cualquier bodoque de la Liga Agraria podría llegar á ministro, si en ello se empeñasen los de Castromucho y Castropoco, unidos á los de Villachica y Villagrande, para pasar después de administrador de consumos á Torrecorta por malquerencia de los de Torrelarga.

Remedando al regnicola, cualquier gabacho, algo más cursado en los negocios de España

que la generalidad de sus paisanos, si quisiera explicar á un tudesco lo que son nuestros grandes hombres contemporáneos, podría retratar de cuerpo entero á nuestro presidente del Consejo de ministros, diciéndole: Este es Sagasta, el que hace los tuertos y los endereza, enviando los periodistas á presidio para darse luego el tono de soltarlos.

Porque es de anotar en este *Índice* de los desbarres proféticos, que en honra y gloria del egregio San Ildefonso, Alifonso ó Alfonso, que dicen las *Menegildas*, á quien Dios prospere y ascienda en el Empireo, me he visto descargado de la porrillada de años de presidio que, poquito á poco, me habían ido echando encima nuestros católicos tribunales de justicia, y me tenían como yo me sé y me callo, porque no es cosa de contarle al mundo entero molestias y tracaman-danas que me venían haciendo sufrir los señores fusionistas, hoy precisamente en que parece de rigor, entre la gente cursi del sentimentalismo, darles las gracias por no haberle á uno ahorcado, puesto que disponen del verdugo, á quien pagan para estos y otros menesteres.

Gracias, pues, Sr. D. Práxedes, por el consejo del indulto; y como el que no es agradecido no es bien nacido, no dude usía de mi agradecimiento, que me mueve á declarar pública y solemnemente, que me comprometo á las tornas, ó restitución *in integrum*; que dicen los ingenieros de caminos, esto es, á que si el diablo hiciera que yo algún día fuera ministro, después de verse usía con cuatro sentencias firmes y llevar treinta meses de cárcel, aconsejaría que le indultasen á usía tan amplia y generosamente como usía me ha indultado á mí.

Esto exigiría de mí la justicia retributiva... y esto haría; que por algo se dijo: hoy por tí, mañana por mí; y que en este mundo los hombres y no los montes, son los que se encuentran.

Cuentan—y va de cuentos—que cierta señora andaluza, más pesada que una losa de plomo, había por costumbre pasar de visita á casa de una vecina, donde se arrellenaba en un sillón. La vecina, cuando transecurridas cuatro ó cinco horas, frita la sangre por tanta pesadez, advertía en su visante el más leve movimiento, exclamaba al punto:

—Señora Gregoria, ¿es qué se va?

—No, doña Jacinta, es que me apaño.

No menos pesado que la doña Gregoria del cuento resulta el buen Isaias. Cuando ya podíamos suponer que había profetizado cuanto era dable profetizar contra los que *bajaban* á Egipto, vuelve á la carga contra estos malaventurados emigrantes diciendo muy fresco:

*El Egipto es hombre y no Dios...*

y aún así deberemos entender:

*El Egipto es hombre y no Dios...*

lo que resulta una patochada:

Continuando de esta manera:

*y sus caballos carne y no espíritu.*

Otra patochada que resuelve de plano una intrincada y laberintica cuestión; es á saber, que el alma no es espíritu; pues, alma, bien sabemos que tienen los animal-s; que de no tenerla se llamarían cualquier otra cosa menos animales; pues si se llaman animales es precisamente porque tienen alma, según el Diccionario de la Academia de Commelerán; que es la última de las asociaciones literarias de España desde que el tal Commelerán ha resultado académico de la letra M; única después de todo, que podía corresponderle.

En este capítulo de las repeticiones anti-egipcias, leo y copio:

«Porque esto me dice el Señor: (Este señor es »Dios, y al que Dios habla es Isaias.) (Conviene »puntualizar las cosas.) Así como el león y el ca- »chorro del león ruge sobre su presa, y si se le

»pusiere delante una cuadrilla de pastores, no se  
»acobardará á sus voces, ni se espantará de la  
»muchedumbre de ellos: así descenderá el Señor  
»de los ejércitos para combatir sobre el monte de  
»Sión, y sobre su collado. Como las aves que  
»vuelan, así protegerá á Jerusalem el Señor de  
»los ejércitos, protegiendo y librando, pasando y  
»salvando.»

Sobre lo cual cada librepensador es dueño de pensar lo que se le antoje. Por mi parte, aun reconociendo la valentía de este Señor de los ejércitos, vulgo Jehová, como me consta que Tito arrasó el monte de Sión, se apoderó del collado, entró á sangre y fuego en Jerusalem y vendió por esclavos á millares de judíos, me figuro que aquí se corrió un poco de la lengua ese señor de los ejércitos, y que así en lo alto como en lo bajo es cierto el refrancillo aquel de perro ladrador poco mordedor.

Menos notas y más pelotas, pusieron los batutros de Zaragoza en uno de sus estandartes cuando la manifestación que hicieron contra Alemania, con motivo de lo de Yap.

Menos zaramallas y más agallas, podría ser el lacónico comentar de esta profecía, y no menos oportuno que el de las pelotas, que pedían los zaragozanos á Cánovas.

El capítulo siguiente, que es el trigésimo segundo de esta profecía, resulta una pura figura retórica, toda repleta de imágenes y fantasías.

«He aquí—comienza—que reinará un rey con  
»justicia y los príncipes presidirán con rectitud.  
»Y este varón será como refugio para el que se  
»esconde del viento, y se guarece de la tempestad  
»como arroyos de aguas en sed y sombra de  
»peña, que sobresale en tierra yerma.»

Hizo perfectamente Isaias en no escribir el nombre de este rey, ni decir el tiempo en que reinaría; porque cosa semejante todavía no se ha visto en este bajo mundo sublunar. Y no se me

vaya á creer por mi palabra republicana. Ahí está Cánovas del Castillo, votante de Comelerán, cantor de Elisa é historiador aljamiado. Comparezca y diga: ¡Dónde hubo un rey que reinara con justicia, que fuese como resguardo contra el viento, y como arroyo para el que tiene sed, y como peña que da sombra para el que se asfixia en el desierto?

No lo dirá, porque si lo dijese, pongo por caso, de Don Pedro el Cruel, ó de Don Enrique de Trastámara, yo acudiría á los comentaristas catoliqueros, que en vista de que ningún rey absoluto ni constitucional realizó jamás este programa de Isaias, quieren que todo esto sea una pura figura retórica, como tengo manifestado, para representar la monarquía del Mesías, que se sabe acabó crucificado entre dos ladrones en el monte Calvario, sin ceñir otra corona que un ramajo de espino, que le punzaba cruelmente las sienes ¡pobrecito!, ni empuñar otro cetro que una cascada caña, que le arañaba los pulpejos de los dedos ¡infeliz!

Y cuenta que este es quizá el único comentario con sentido común que dichos señores han puesto á la profecía de Isaias: porque lo de Ezequías ser el rey justo, el socaire, el arroyo y la peña, es decir por decir.

Además, que del Mesías y no de otro se trata aquí, dicelo el mismo Isaias más adelante, con aquella discreción profética tan conocida, que consiste en no dejarse entender de nadie. Porque cuando el rey justo, socaire, arroyo y peña reine, sucederá lo siguiente:

«...el desierto se tornará en un Carmelo, y el  
»Carmelo será reputado por un bosque. Y morará el juicio en el desierto, y la justicia residirá  
»en el Carmelo.»

Cosas que sucedieron, *en efecto*, cuando el Mesías vino, hace justamente 1889 años, para refocilamiento y gloria de los que no le espera-

ban, y miseria ignominiosa de los que le estaban aguardando.

Chasco grande y de grande enseñanza, á cuyo lado apenas merecen el nombre de traiciones los camelos que le dieron Martos y Canalejas á Ruiz Zorrilla, y los que más tarde se han dado ellos entre sí.

## CXLI

Hánme dicho á última hora que un tal Cortón, apellido propio y adecuado de un hombre corto de ingenio, corto de gracia y corto de recursos, crítico además pasado por agua, como trashumante que es del trópico candente en esta frígida tierra de garbanzos, donde Clarín le dió años pasados una friega de que todavía anda escocido, ha publicado un libro ó cosa que en la forma se le parece, en que se ocupa de refilón de mi humildísima persona y me califica de sabio en calzoncillos; y, aunque siento no poder corresponder al pipopo, pues al tal Cortón no hay medio de llamarle sabio ni aun en taparrabos, he procurado enterarme de los motivos que haya podido tener este golondrino intertropical que le ha salido á la literatura satírica castellana, para caer en tentación de husmear mi ropa interior y meter el hocico en mis calzoncillos por el frontispicio trasero.

Resulta de mis averiguaciones, que precisamente estas NOTAS son las que han dado motivo á Cortón para acreditarse de corto en grado eminente, como reza su apellido; pues dice muy orondo, que después de habernos presentado Ernesto Renán á Jesucristo corriendo juergas místicas con la corrida María de Magdalena y haciéndole guiños á la romántica mujer de Poncio Pilato, cosas que saben hasta los renacuajos, puesto que él las sabe, no hay para qué el Sr. Ríofranco se meta con el hijo de María. Dice además que, puesto que Pedro José Proudon, anotó los

Evangelios, no hace falta que Ríofranco escriba estas NOTAS. Es decir, decirlo tan claro como yo lo digo, no lo dice este turbio censor, que ha oído campanas y no sabe dónde, pero esto es lo que parece querer decir, á vueltas de imágenes como las del pájaro que despluman vivo, porque debe pedir patente de invención en el ministerio de Fomento.

El lector, que sabe bien andamos todavía comentando á Isaías en esta peregrinación á través de los disparates bíblicos, se reirá sin duda á mandíbula batiente del cortísimo, ó Cortón, husmeador de mis calzoncillos, máxime si conoce algo mejor que debe conocerlos el mismo, esos dos excelentes libros, de tan opuesto sentido y tendencia, que se llaman *Los Evangelios anotados* y la *Vida de Jesús*, que así tienen que ver con estas NOTAS y su objeto, como tenía que ver la vaca roja que mandó quemar Moisés para preparar el agua lustrar con la bestia del Apocalipsis, que no es la única bestia de la literatura.

Mientras el lector se ríe de Cortón, que se permite acusarme de haber anotado los Evangelios y metidome con Jesucristo, cuando todavía no he pasado de acariciarles las barbas á su Eterno Padre y á los que le anunciaron proféticamente, lo cual prueba que este mocito, como el Geroncio del epigrama, se pone á criticar lo que no sabe, ó no se ha tomado el trabajo de leer, bueno será que yo les llame la atención á mis buenos y queridos amigos los republicanos de Puerto Rico, donde más ampliamente Cortón es zarandeado, sobre esta morrocotuda sentencia suya, que encuentro junto á lo de mi sabiduría en calzoncillos:

*A los que no creemos en nada poco nos importan las creencias del vecino.*

Aforismo de aquellos que lo mismo votan por la monarquía que por la República, y de los que encienden una vela á San Miguel y otra al dia-

blo, el cual remacha este perincelito demócrata de los del moco atrás, con esta preguntita, que quizá se permite dirigirme:

«No sería más útil catequizar, en el sentido ortodoxo de la palabra (¿qué sentido será este?) al clero español, y atraerle con buenos modos al campo de la democracia, para todos abierto, y en el cual se agrupa la mayoría de aquél?»

El que no cree en nada y nada le importan las opiniones, del vecino, aunque éste sea un inquisidor, proponiendo la catequización *ortodoxa* del cura de Santa Cruz y del cura de Flix, para que vengan á officiar de arzobispos en la democracia, no me extraña que me haya llamado sabio en calzoncillos, ni me acuse de haber anotado *los Evangelios*, cuando aún estoy comentando *la profecía de Isaias*, ni diga haber oído á un mi amigo lo que quizá habrá soñado después de un hartazgo de caracoles, porque el pobre hombre no debe andar bueno de la cabeza y remediarse escribiendo con los pies.

Bien sabe Dios que no lo siento por mí, ni tampoco por él, sino por los buenos puertorriqueños que lleguen á saber que uno de sus más preteniosos paisanos, metido á crítico, y presumiendo de librepensador y demócrata, ha escrito que el librepensamiento consiste en no creer en nada y la democracia debe poner empeño en catequizar al Papa, quedándole tupé todavía para hacerme á mí cosquillas porque pongo en solfa el presupuesto del culto y clero.

Ni Carulla que despotriqué más aína al rimar el *Deuteronomio*.

Pero dejando á un lado las tonterías que ha escrito Cortón, volvamos á las que profetizó Isaias, que en el capítulo XXXIII la emprende de nuevo con los asirios y los pone como pone Llauder á Nocedal y pone Nocedal á Llauder, católicos que se entienden á mordiscos, empapados ambos en las dulces y suaves y caritativas má-

ximas del Evangelio, donde Cristo, previendo lo que había de suceder á los absolutistas en estos tiempos, ya dijo: «No vengo á poner paz, sino á meter guerra.»

En lo cual no hizo sino acreditar por ley de herencia la idiosincrasia batallona de su ilustre padre Jehová, que reveló á Isaias el siguiente abarrisco que había de hacer, con que se abre el capítulo XXXIV.

«Acercáos, naciones, y oid, y pueblos, atención: oiga la tierra y su plenitud, el orbe; y todo lo que él produce. Porque la indignación del Señor sobre todas las naciones, y su saña sobre toda la milicia de ellos; los matará y los entregará á la muerte violenta. Los muertos de ellos serán arrojados, y subirá el hedor de sus cadáveres: los montes serán inficionados de la sangre de ellos. Y desfallecerá toda la milicia de los cielos, y los cielos serán arrollados como un libro, y toda la milicia de ellos caerá como cae la hoja de la viña y de la higuera. Porque embriagada será en el cielo mi espada.»

Sólo una cabeza embriagada, que trata de pegar la borrachera á una espada, es capaz de trazar este espeluznante cuadro, en que dice el padre Scio que se representa el fin del mundo, ó sea la degollina del Juicio final. Mas aun tratándose del Juicio final, y aun suponiendo que éste se realice por medio de la guillotina, que es el instrumento que saca más sangre del cuerpo de los ajusticiados, me permito creer que hay su poquito de exageración en lo de que la sangre de los degollados inficione los montes, ó, como más propiamente ha de entenderse; según el texto hebreo, los disuelva, como se disuelve la sal en el agua ó el azúcar en el coñac. ¡Mira tú que subir la sangre al Davalagiri del Himalaya, ó disolver las peñas del Chimborazo!

Lo de arrollarse los cielos, como se arrolla un libro, que equivale á decir, como se arrolla una

venda alrededor de un brazo se explica muy fácilmente; porque los cielos bíblicos eran una especie de gasa azul por el día y negra de noche, que Jehová había puesto sobre la tierra en el capítulo I del *Genesis* como pone un pastor la piel de un toro sobre cuatro estacas para guarecerse del sol y de la lluvia. Tampoco ofrece dificultad entender lo de la milicia celestial, que ha de desfallecer el día del Juicio, cuando la espada de Dios se embriague. La milicia celeste de que aquí se trata, no son las legiones de ángeles y arcángeles, serafines y querubines, tronos y dominaciones que, armados de espadas de serpentón, pelean contra Lucifer y las legiones de demonios que éste tiene á su servicio, no: son el sol, la luna y los demás planetas y estrellas, como dice muy discretamente en otra nota el padre Scio de San Miguel, que se olvida de los cometas, areólitos y demás materia cósmica, los cuales no morirán como los otros, sino que quedarán para simiente de rábanos, por si á Jehová, después de destruído el mundo, le ocurriera fabricar otro nuevo, sin judíos que le crucifiquen su Unigénito, ni librepensadores que anoten sus revelaciones, ni Cortones que alanceen el sentido común en sus críticas, en que me exhibe á mí como anotador tan en calzoncillos, como exhibe á Clarín como satírico y á Echegaray como dramaturgo.

Como en tan buena compañía he de vivir el tiempo andando en el infierno, no me apena empezar á andar junto con ellos, aunque sea por los barrizales de un libro insulso y destaritalado.

## CXLII

Después de la barrabasada del juicio final, en que todo bicho viviente ha de perecer al filo de la espada de Jehová, y hasta los propios cielos sus *ornamentos* del sol, la luna y las estrellas han de darse de testerazos y reducirse á grava

aprovechable en las carreteras, parece que Isaías no debía profetizar más, sino cerrar aquí su libro, diciendo: cada mochuelo á su olivo, á esperar el día de la degollina universal. Pero precisamente después de anunciar el juicio definitivo, es cuando le entra más començon de profetizar, y la emprende con la pescadilla de los idumeos, de cuya tierra, después de que en ella la espada de Jehová no dejase títere con cabeza, dice:

«Y se convertirán sus arroyos en pez, y su tierra en azufre, y será su tierra como pez ardiente: Noche y día no se apagará, por siempre subirá el humo de ella: de generación en generación será asolada, por los siglos de los siglos no habrá quien pase por ella.»

Si en todo cuanto profetizó Isaías anduvo tan acertado como en esto, sin duda que verdaderamente merece el alto nombre y la insigne gloria que le tiene concedidos la Iglesia. La Idumea, ahí está trasformada actualmente en una provincia del imperio otomano, y ni sus arroyos se han convertido en pez, ni el suelo en azufre, y aunque poco poblada, al igual que otras muchas tierras del Asia, aun cuenta centenares de miles de habitantes, que se ríen á mandíbula batiente del vaticinio aquel de que por los siglos de los siglos no habría quien por ella pasase.

En gracia á la respetabilidad literaria de Isaías, suprimo la descripción que hace de la Idumea convertida en desierto por los siglos de los siglos, Amén. El que mucho habla, mucho yerra, dice el refrán; y quizá el elocuente escritor profetizó demasiado.

Cuenta seguidamente y por menudo la historia aquella que en el libro de las *Crónicas* tengo comentada, en que Rabsaces, general de Sennacherib, rey de Asiria, pone cerco á Jerusalén, en tiempos del rey Ezechías. No me choca lo difuso que en este pasaje es Isaías, puesto que él mis-

mo juega un papel importantísimo en el cuento, y aprovecha la ocasión de exhibirse.

Rabsaces, en efecto, echando fieros y bravatas, intima la rendición á los judíos, amenazándoles cultísimamente con reducirlos á la extremidad y miseria de tener que *comer sus propios excrementos y beber las orinas de sus pies* de no reducirse á la voluntad del gran Sennacherib, rey de reyes. Compréndese que un rey, ante la perspectiva de un banquete como el que le prometía Rabsaces, se diera á todos los demonios y apelase á cualquier cosa. Ecechías, en su desesperación, después de romper sus vestidos, como es de rúbrica en la *Santa Biblia*, envía una enlutada comisión al profeta Isaías en demanda de consejo. Isaías, en intimidad perpetua con Jehová y conocedor de los altos designios y deseos de éste, después de oída la embajada, envía los embajadores al rey para que le dijese que ensanchase el encogido ánimo y extendiese el arrugado ombligo, puesto que todas la bravatas de Rabsaces habian de quedar en agua de borrajas.

Y en efecto sucedió lo siguiente:

«Salió, pues, el ángel del Señor, é hirió en el campamento de los asirios á ciento y ochenta y cinco mil. Y levantáronse por la mañana, y he aquí que todos eran cadáveres de muertos.»

Estos *cadáveres de muertos* (¿cómo serán los cadáveres de vivos?) supongo que serían de hombres, y que estos hombres *muertos y cadáveres* serían asirios, porque el texto queda lo suficientemente confuso para que pueda comprenderse que encierra una atrocidad. De todos modos, con un par de angelitos como estos, que en una sola noche degüellan 185.000 soldados, ¿para qué ametralladoras, ni torpederos, ni siquiera submarinos? ¿Para qué ejércitos? ¡Ah! ¡y que las obcecadas naciones consuman hoy día cientos de millones de pesetas en máquinas de guerra, cuando tan fácil les sería obtener de Jehová un

ángel degollador del calibre en el texto señalado! ¿Hasta cuándo faltará el sentido común en el mundo?

Por lo demás, sabido es, como apunté en las *Crónicas*, que Sennacherib se le llevó Pateta, como á sus soldados; pues, de vuelta á Ninive, le degollaron sus hijos.

¡Un par de pimpollos reales, ó sea, rosicreros talluditos!

Levantado el sitio de Jerusalem, quizá del alegrón enfermó gravemente Ecechías, y otra vez Isaías, con este motivo, ofició de profeta, anunciando al moribundo rey que Jehová le alargaría quince años la vida.

Y así sucedió, con acompañamiento de una cataplasma de higos chumbos que al rey le aplicaron á una llaga que le consumía, y el correspondiente prólogo de un milagro confirmatorio, consistente en una de las más estrafalarias ocurrencias que ha podido tener un judío mal alimentado.

Había el rey Achaz puesto en su palacio un reloj de sol, al cual le aplicaron el siguiente versículo, que es el VIII del capítulo XXXVIII:

«He aquí que yo haré que la sombra de las líneas por las que ha bajado el reloj de Achaz en el sol; vuelva diez líneas atrás. Y retrocedió el sol diez líneas por los grados por donde había bajado.»

Suplico al señor director del Observatorio astronómico se digne explicar á los católicos de Madrid y sus contornos lo que debió suceder en los cielos cuando en el reloj de Achaz retrocedió la sombra diez grados.

Un poquito de Astronomía quizá les limpiase de telarañas el entendimiento, que les impide penetrar el sentido profundamente bufo de la *Santa Biblia*, en que estos milagros se contienen.

El capítulo XXXIX nos cuenta una gran ton-

tería que hizo Ezequías, mostrándole sus tesoros y los tesoros del famoso templo de Salomón, á unos embajadores que le envió Baladán (cuidado, señores cajistas, con no escribirme Baladrán), rey de Babilonia, lo cual puso á Isaías tan fuera de sí que, encarándose con el rey, le largó la siguiente andanada profética:

«He aquí que vendrán días, que serán quitadas y llevadas á Babilonia cuantas cosas hay en tu casa, y lo de tus padres hasta el día de hoy: no dejarán nada, dice el señor. Y tomarán tus hijos, nacidos y engendrados de tí, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia.»

Apenas se concibe que un tan sandio pecado como el de enseñar á unos embajadores las riquezas de un templo y de un palacio, sacasen tan de quicio á Isaías, que con el pan de higos había sanado al rey, ni á Jehová, que en favor del mismo había degollado 185.000 asirios y hecho bailar una danza macabra á los planetas para retrogradar la sombra del reloj de Achaz, que vinieran comanditados á amargar la vejez de Ezequías con tan terrible revelación, que fué quizá la única que se cumplió en todas sus partes.

Porque todos los milagros realizados por Jehová, desde la partidura de las aguas del mar Rojo hasta la cataplasma de higos chumbos, no libraron á sus hijos predilectos de una paliza monumental que un poquito más adelante les dió el Rey de Babilonia, que redujo los sacerdotes del verdadero Dios á limpiabotas de los adoradores del diablo.

¡Consecuencia legítima de confiar en los ángeles de Jehová y no en los cañones Krupp, para salir de los apuros de guerra!

Después de anunciado tan terrible desastre y tan grande desventura, Isaías, que ante todo era un artista consumado, conoce que debe tocar otra cuerda de sonido menos lúgubre, y la

toca con primor, anunciando, no sólo al Mesías, que había de sacar á los judíos de apuros, sino al precursor del mismo Mesías, ó sea San Juan Bautista. Esto dicen los católicos que dice el capítulo XXXIX: yo, por más que le leo, no veo que parezca en ninguno de los versículos la pila de bautizar, que fué la suprema invención de San Juan, ni la piel de carnero que le cubría, ni la famosa cabeza que Herodías presentó en un plato al rey, su tío, ni siquiera el *Agnus Dei* con que los grandes pintores de nuestro siglo de oro solían adornar á San Juan en los cuadros.

Lo que leo y copio es lo siguiente, que parece el retrato en miniatura de Dios:

«El es el que está sentado sobre la redondez de la Tierra (anchas posaderas ha de tener el que rellena tal butaca), y los moradores de ella son como langosta (perdonad, fusionistas, al Espíritu Santo la impía comparación); el que extendió los cielos como nada, y los desplegó como tienda para morar.»

No se me alcanza el parecido que este retrato pueda tener con el Hijo del carpintero de Nazareth; lo que sé es que, sobre la interpretación y sentido del rabo de este versículo, quiere decir, sobre que Dios desplegó los cielos como tienda para morar, se armó el gran lío en Salamanca entre Cristóbal Colón y los doctores en Teología de aquella celeberrima Universidad. ¡Cómo es posible, le decían al ilustre genovés aquellos petulantes del dogmatismo, que siendo los cielos como la lona de una tienda, la tierra que cubre sea redonda? Ignoro lo que les replicó el descubridor de América; pero yo, en su lugar y con su ciencia, les hubiera dicho:

—Pues muy sencillo. Al modo que un solideo; que siendo él un casquete solamente, cubre una calabaza toda entera.



## CXLIII

Continuando el retrato de Jehová, dice el buen Isaiás, que Dios *hace á los jueces de la tierra como cosa vana*, en lo cual pintiparado encuentro con Jehová á Sagasta, que después de haber chinchorreado de lo lindo con mis denuncias á los respetables jueces, escribanos, alguaciles, magistrados de la Audiencia, fiscales, relatores, magistrados del Supremo y demás genticilla de la curia, de un plumazo hapsburgolorénico convierte en agua de barrajas las espeluznantes sentencias que dichos sustentáculos del firmamento estrellado de la Justicia borbónica contra mí habían fulminado. Porque nadie me negará, que todo indulto viene á ser una especie de mamola que se le hace á la sentencia correspondiente, la cual deja como saco vacío ó escopeta sin perrillo; de igual manera que nadie negará que Alonso Martínez no hizo otra cosa que indultar, ó sea hacerle mamolas al Código penal; pues al civil, por dicho omni-jurisprudente confeccionado, y que, como la célebre capa del estudiante,

parece un jardín de flores,  
toda llena de remiendos  
de veinticinco colores,

sé yo bien quién le hará tantas mamolas como artículos tiene, en cumplimiento de mi inapelable sentencia, sin mamola ó indulto posible, de que el tal Alonso Martínez es la más mediana de las medianías de la Europa contemporánea.

«Mas los que esperan en el Señor —añade Isaiás—hallarán nuevas fuerzas, tomarán alas como águilas...» en donde veo otra semejanza de D. Práxedes con el Altísimo; pues los que en él esperaron, fusionistas ó centralistas, hallaron nuevas fuerzas, desempeñaron las capas, se habilitaron de gabanes de pieles, y hasta tomaron alas. ¡Vaya si las tomaron! Hasta Cañamaque,

¡Cañamaque, aquel clubista rabiosamente demagógico en 1869! se creyó con talla de ministro, dado que también lo ha sido Villaverde. ¡Villaverde, aquella insignificancia que discurseaba en zorrillista en 1871, para que le hicieran dipintado los progresistas cándidos y bonachones!

Porque es de saber que la monarquía restaurada, en manos de fusionistas, se parece á la tienda de un ropavejero, donde van á parar todas las prendas de deshecho republicano, desde Martos barbudo, á un barbilampiño que me tenía frita la sangre con sus planes de incendio universal en tiempo de Amadeo, y vi el año pasado ¡pobrecillo! ¡á tales extremidades conduce el hambre! cubriendo la carrera de S. M. cuando iba á la Salve de Atocha.

Por cierto que el feroz revolucionario, reducido por el hambre á la domesticidad lacayuna, tenía con el frío convertida la nariz en un pimientito de Calahorra.

Hecho el retrato, Isaiás le presta voz á Jehová, que se explicotea que es un primor.

Ved lo que dice á los hijos de Abrahám, á los israelitas, á los hebreos, á los judíos, que es como los llaman los cristianos.

«He aquí que confundidos y avergonzados serán todos los que pelean contra tí: serán como si no fuesen, y perecerán los hombres que te contradicen.»

Confiados en estas palabritas y otras por el estilo, los judíos desatendieron el gobierno, la milicia, la administración. ¡Y qué sucedió? Que vinieron los sarracenos y los molieron á palos. Es decir, antes que los sarracenos habian ya venido los romanos y dádoles leña; y antes que los romanos, los griegos, y leña; y antes que los griegos, los asirios, y leña. Quizá por esta larga y elocuente experiencia se dice, con grave ofensa de la teología, en esta tierra de garbanzos: ¡Flate de la Virgen y no corras!

Cierto que los comentaristas católicos, viendo que hasta los chicos de la escuela podrían burlarse de tan claras profecías tan al revés cumplidas, dicen que aquí el profeta habla en cifra y se refiere, no á los judíos, sino á los cristianos. Pero, ¿quién hace caso de semejantes tonterías?

Las monjas en el coro  
hablan de casar.

La abadesa dice:

¡Hablar por hablar!

«He aquí mi siervo, le ampararé: mi escogido, mi alma tuvo su complacencia en él: sobre él puse mi espíritu, él promulgará justicia á las naciones. No voceará, ni tendrá acepción de persona, ni será oída de afuera la voz de él. La caña cascada no la quebrará, y la torcida que humea no la apagará: hará justicia según verdad. No será triste, ni turbulento, mientras que establezca la justicia en la tierra: y las islas esperarán su ley.»

He copiado esta larga parrafada con que empieza el capítulo XLII de la profecía de Isaías, porque quiero dar razón á más de cuatro sabidillos catolizantes y algún Cortón de añadidura, que me acusan de profanar con una bufonada las supremas magnificencias de la *Biblia*, de que quien no se ríe de profetas, es porque no los ha leído.

¿Quién me dirá, en efecto, que el Mesías que aquí se anuncia, con el nombre humildísimo de siervo, manso, pacífico, modesto, blando, paciente, que no sabrá romper un plato, pues á esto equivale lo de que no quebrará una caña cascada, es aquel Mesías de los capítulos primeros, nacido de una virgen, batallador, que hierre con su vara la tierra, aniquila los perversos, silba á los cuatro vientos para levantar soldados y caer sobre los enemigos de Israel como Anibal cayó sobre las legiones romanas al bajar de los Alpes? Nadie que sepa que el mito del Mesías entre los judíos fué en un principio concebido como un ge-

neral fortísimo, destinado á reducir las naciones al yugo de Judá, y después, en tiempos de mayor cultura, hecha la experiencia de la vanidad de este ideal, como un redentor manso y humilde, que por la verdad, la caridad y la justicia que inculca en los hombres con la predicación y el ejemplo, regenera el mundo. Este segundo tipo del Mesías, que Isaías fué el primero en describir, es el que consideran los católicos realizado por Jesús de Nazareth, prestándole, sin embargo, los atributos genealógicos del primero, como forzosa exigencia histórica.

De aquí que los grandes escritores cristianos de los primeros siglos se agarrasen á estos versículos de Isaías como á un clavo ardiendo, para autorizar entre los nuevos adeptos de la religión del Crucificado el cumplimiento de las profecías judaicas. Y de aquí también que yo, parodiando aquel famoso dístico.

La prensa es libre, el escritor esclavo;

Ateme usted esa mosca por el rabo,

poniendo frente á frente este Mesías, que no apaga la torcida que humea, con aquel otro que hierre la tierra con la vara de su justicia y con el espíritu de sus labios mata al impío, me ría de judíos y cristianos cuando me dicen los unos que el carpintero de Galilea fué un impostor y los otros que el Emperador universal por les hebreos aún esperado es una patraña.

¡Estaría de ver que yo tomase en serio estas cosas! ¡Por cuánto menos hay docenas de locos en San Baudilio!

Sentencias más ó menos firmes que encuentro al paso en el capítulo XLIII. Entiéndase que al decir más ó menos firmes, quiero decir más ó menos susceptibles de la mamola de un indulto librepensador.

«No fué formado Dios alguno ante mí, ni lo será después de mí.» Pregunta obligada: ¿quién os formó, señor de Jehová?

«No os acordéis de las cosas pasadas.» Pues es lo mismo que digo yo á los españoles. No es acordéis del catolicismo, ni del diezmo, ni del derecho de pernada de los abades, ni de pagar el presupuesto del culto y clero. Al panteón del olvido con esas antiguallas, que huelen á puchero de enfermo. Probemos cosas nuevas: la República, el librepensamiento, el Jurado, el servicio militar obligatorio, la enseñanza universal gratuita y demás principios que constituyen mi programa de gobierno, que se resume en estas palabras: que cada español, llena la panza de jamón y el espíritu de ciencia, se ria como un bendito de Dios de quien quiera que sea el que pretenda gobernarle mal y explotarle bien.

«Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces.» No sé qué gusto pueda sacar el Señor en que le glorifique las bestias del campo, como no se refiera la profecía á los rurales que acompañaban á Carlos Chapa en sus depredaciones; ni qué honra con los rezos de los dragones y los avestruces, salvo que con estas palabras designase cautelosamente Isaías á los padres jesuitas y á los frailes mendicantes. De todas suertes, como El reclama el culto de los brutos, bueno será que los racionales, para evitar concomitancias denigrantes, se abstengan de perder el tiempo en semejantes fruslerías.

¡En algo se han de distinguir los librepensadores de las bestias del campo, de los dragones y de los avestruces!

## CXLIV

«Esto dice el Señor á Ciro mi ungido...» Así abre Isaías el capítulo XLV de su profecía; y como esto de que el Dios de los hebreos, ó sean los escogidos, entre en palique con el paganazo de Ciro, rey de los medos réprobos, tiene tres pares y medio de bemoles proféticos, conviene

puntualizar las revelaciones para su mayor inteligencia y risa de los librepensadores.

Oído á las fechas.

Aceptando el laberinto de la cronología bíblica, Isaías, puesto que con un parche de higos curó una mortal llaga al rey Ecechías, debió ser contemporáneo de este lacerado señor. Y, como Ecechías entró á reinar 724 años antes de la Era Cristiana, y como Ciro puso fin á la cautividad de Babilonia en el año 538, resulta por sumas y restas algo más firmes que todas las profecías imaginables, que entre ambos sucesos mediaron la friolera de

## 186 AÑOS;

de modo que, cerca de dos siglos antes de que Ciro naciese, ya Isaías, fino de oído, escuchaba las conversaciones que Jehová tenía con el rey de los medos, que todavía no habían pensado en establecer su imperio,

Pero oigamos, si no todo, parte al menos de lo que el buen Dios de los judíos decía con tantísima anticipación al rey de los medos, que todavía sus abuelos no habían pensado en engendrar.

Atención.

*Te asemeje, y no me conocistes* (versículo V)  
*te ceñí, y no me conocistes* (versículo VI).

Aunque aquí Jehová parece jugar tontamente á las mascaritas con Ciro, la cosa tiene mucho intringulis. Si Ciro, asemejado y ceñido por Jehová, no conoce á este caballero, no es por falta de vista, ni de perspicacia, sino

«Para que sepan los que hay desde el nacimiento del Sol, y los que hay desde su ocaso, que fuera de mí no le hay Dios: yo el Señor, y no hay otro.»

Lo cual constituye una de las bocanadas más grandes, y al propio tiempo más risibles, que Dios alguno haya podido decir. Pues esta es la bendita hora que, después de muerto y enterrado